

México ante lo propio y lo externo: propuesta para reflexionar la identidad

Mexico in front of what´s own and external:
a propose to reflex about identity

Érika Fabiola Flores Puente

Universidad Autónoma de Zacatecas

erikafabiola.flores@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0006-4963-695X>

Recibido: 15/01/2023 / **Aceptado:** 16/04/2023 / **Publicado:** 01/07/2023

 DOI: <https://doi.org/10.15648/am.42.2023.3906>

RESUMEN: La pregunta por la identidad mexicana ha motivado un gran número de estudios. Sin embargo, estos se han centrado en lo propio y original de ella, dejando de lado el elemento externo que también la reviste: la influencia occidental europea que implica la Modernidad. Esta propuesta considera la importancia de algunos principios modernos que guían la vida mexicana desde hace siglos, como la idea de progreso, a la hora de pensar la identidad. La vía por la que se detecta la influencia y asimilación de ese principio extranjero se logra mediante la propuesta de Gilberto Giménez respecto de la relación indisoluble entre la identidad y la cultura, a través del sujeto, puesto que la manera en que este interioriza la cultura, puede llegar a transfigurarla. Así, en este artículo se presenta el caso de cómo Gabino Barreda se asume como positivista y luego pregona esa filosofía en el gobierno de Juárez a tal grado que termina por reformar el sistema educativo de México, influenciando a la sociedad entera de la idea de progreso pregonada en Europa en el siglo XIX, y por la que México cambió el rumbo de su historia.

PALABRAS CLAVE: Identidad Mexicana, Modernidad, Progreso, Historia de México.

ABSTRACT: To question about Mexican identity has generated a lot of studies. However, it has been focused on what´s own and original, without paying attention what is external, which is an important part of it: the occidental Europe influence which means Modernity. This proposal considers the importance of some modern principles which rules the Mexican way of life from many centuries ago, like the progress idea, when talk about identity. The way to detect the influence and assimilation of this foreign main idea is by the Gilberto Giménez´ proposal, trough the subject, about the inseparable relationship between identity and culture, because the way in which it internalizes the culture, it can get to transfigure it. So, in this article is shown the case of how Gabino Barreda assumes himself as a positivist and then hawks that philosophy in Juarez´ government in a way that helps to reform the Mexican educative system, influencing the whole society about the progress´ idea trumpeted in Europe in XIX century, and the main reason because Mexico changed the route of its History.

KEYWORDS: Mexican Identity, Modernity, Progress, Mexican History.



Cómo citar: Flores Puente, É. F. (2023). México ante lo propio y lo externo: propuesta para reflexionar la identidad. *Amauta*, 21(42), 35-43. <https://doi.org/10.15648/am.42.2023.3906>

Introducción

Desde la segunda década del siglo XX, de la mano de los primeros gobiernos emanados de la Revolución Mexicana, el interés por la identidad y la cultura en el país tomó una mayor relevancia. El tema fue piedra angular dada la aspiración por concretar un Estado nación, que buscaba la unidad en un país cuya población estaba marcada por las diferencias étnicas y económicas, y que además tenía abiertas las heridas de la guerra civil.

Podría decirse que la efervescencia de este interés se mantuvo en la primera mitad de la centuria, aunque la inquietud se arrastraba desde la Colonia, cuando los criollos buscaban averiguar cuál era su lugar en el mundo. Las reflexiones se hicieron desde distintas ramas del saber, como la historia, la antropología, la psicología, la sociología y el arte. Desde la filosofía son lecturas obligadas las cavilaciones de intelectuales como Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Samuel Ramos, José Gaos, Leopoldo Zea, Emilio Uranga y Luis Villoro, por mencionar algunos. Desde la literatura y el ensayo, las de Octavio Paz, Carlos Fuentes y Carlos Monsiváis, por ejemplo.

A pesar de esas y otras interesantes perspectivas, la inquietud sobre la identidad del mexicano ha persistido hasta nuestros días. Uno de los ejemplos más recientes es el documental *¿Por qué la vida es así?*, del cineasta Olallo Rubio, lanzado en 2022, en el que además de relatar parte de la historia de México, se muestran entrevistas a algunos intelectuales y ciudadanos sobre las características que describen a los mexicanos. ¿Por qué si se ha hablado tanto de lo que identifica al mexicano, lo que significa ser o no serlo, la pregunta sigue latente? ¿Por qué las “respuestas” no han sido convincentes?

En El laberinto de la Soledad Paz advirtió que la motivación de esa búsqueda era una carencia, una falta de algo:

La historia de México es la del hombre que busca su filiación, su origen. Sucesivamente afrancesado, hispanista, indigenista, pocho, cruza la historia como un cometa de jade, que de vez en cuando relampaguea. En su excéntrica carrera ¿qué persigue? Va tras su catástrofe: quiere volver al sol, volver al centro de la vida de donde un día [?] ¿en la Conquista o en la Independencia? [?] fue desprendido. (Paz, 2019, p. 25)

Si bien los enfoques mediante los que se ha abordado la identidad mexicana han sido distintos, podría decirse que todos han derivado de la relación de dos de ellos, el de los hispanistas y los indigenistas, es decir, de quienes defienden la prevalencia del elemento indio o del español; sin embargo, y a pesar de la óptica la hibridación cultural, ha persistido [?] sobre todo en la actitud de gran parte de los ciudadanos [?] la oposición entre las dos raíces que forman la cultura mexicana, con cierta inclinación hacia la que privilegia lo autóctono.

Una propuesta para pensar la identidad mexicana

La disputa que ha surgido ante la defensa de ambos orígenes ha generado controversia a la hora de hablar de la influencia latente de culturas extranjeras, principalmente la europea, en la propia; la tendencia prevaleciente ha sido el rechazo. Ejemplo de ello son los filósofos Ramón Kuri Camacho y Samuel Ramos. El primero asegura que la razón instrumental pregonada en el movimiento europeo de los siglos XVII Y XVIII «nunca fue asimilada plenamente en México, ni aceptó sus principios básicos» (Kuri Camacho, 2001, p. 15). El segundo desprecia las ideas extranjeras al argumentar que México no debe imitar esos modelos, sino buscar la forma de hacer algo propio, original.

Los mexicanos han imitado mucho tiempo, sin darse cuenta de que estaban imitando. Creían, de buena fe, estar incorporando la civilización al país. El mimetismo ha sido un fenómeno inconsciente, que descubre un carácter peculiar de la psicología mestiza (...) A lo que se ha tendido inconscientemente es a ocultar no solo de la mirada ajena, sino aun de la propia, la incultura. (Ramos, 2009, p. 22)

Por ello, en un intento por abordar el tema desde otro punto de vista, el principal objetivo de este artículo es considerar uno de los elementos externos que ha sido totalmente asimilado e implica a la Modernidad: la idea de progreso, ya que se cree que al igual que los autóctonos, los elementos modernos tienen mucho que aportar a la hora de indagar sobre la identidad mexicana.

Con esta perspectiva no se pretende decir que los mexicanos tengamos que ser dependientes de lo extranjero o degradarnos ante ello, y que por eso estemos esclavizados y compelidos a aceptar las categorías occidentales, negando todo lo propio y lo original de nuestra cultura. Tampoco significa que vivamos siempre en una actitud de veneración entreguista ante lo extranjero, no.

Lo que se busca abordar aquí es solamente esa parte moderna de la cultura mexicana que constituye un aspecto importante de su realidad, y que no se puede negar que provino de Europa y de sus movimientos históricos culturales. Es decir, la cuestión reside en no rechazar esa parte, sino en buscar cómo repensar su situación y su inserción en el contexto mexicano. Se trata de algo que ya se integró en la vida nacional, y por lo cual los mexicanos experimentamos su realización en la actualidad.

Y es que la influencia de la Modernidad ha incursionado de manera permanente y evidente en la cultura mexicana. Entre las huellas históricas que comprueban lo dicho se encuentran fenómenos modernos como la subjetividad, la técnica, la ciencia, el positivismo, el liberalismo, la organización política y jurídica, la estructura económica y el nacionalismo, por ejemplo. La lista es larga; tras el innegable y traumático choque de culturas que ocasionó la llegada de los españoles, comenzó el traslado de la lógica occidental europea debido a la actitud «civilizadora» con que actuaron conquistadores y evangelizadores (Trochia Estrada, 2009, p. 14).

Lo aquí vertido forma parte de una investigación más amplia en la que se intenta demostrar que las dificultades para comprender la identidad del mexicano se han debido a la exclusión del componente moderno propio del occidente europeo, por lo que no ha sido suficiente considerar solo los rasgos hasta ahora aceptados como puros para entender la realidad de lo mexicano. Así, pues, dos de las preguntas que guían esa tesis también son medulares para los fines de este artículo: para comprender la identidad del mexicano en su originalidad y en su realidad cultural ¿es necesario negar la Modernidad? ¿Lo que es México, también lo es porque han arraigado en él los principios modernos?

La pareja indisociable

En este ejercicio de pensar la identidad del mexicano se parte de la idea de que, si bien una definición concluyente de identidad sería imposible, no lo es su experiencia. Toda identidad es sobreabundante. Según las relaciones que el sujeto viva con los de su grupo y los otros, los que no pertenezcan a este, muchos de sus componentes identitarios estarán en constante cambio; algunos desaparecerán, unos cuantos más se integrarán, mientras que otros se conservarán.

En ello, la identidad es huidiza y difícil de asir de un modo definitivo, a través de una idea clara. Es por eso que se piensa que el camino para comprenderla mejor sea la experiencia. En tal caso lo que se tendrá son signos que aproximen a dicha identidad, e indicios solamente, valiosos para entender

su sentido. Quizá por ello Paz consideraba que para conocer el sentido de la cultura mexicana debe analizarse «la determinación de las notas más salientes de la religiosidad colonial “sea en sus manifestaciones más populares o en las de sus espíritus más representativos” (Paz, 2019, p. 117).

Y es que la cultura y la identidad son «una pareja conceptual indisociable» (Giménez, 2005). El sujeto social es el fuerte lazo que las une. Para explicar esa relación, se comprende a la cultura como lo expone el sociólogo Gilberto Giménez: «es la organización social del sentido, interiorizado de modo relativamente estable por los sujetos en forma de esquemas o de representaciones compartidas, y objetivado en “formas simbólicas”, todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados» (Giménez, 2005). De este modo, al aprehender su cultura, el individuo la experimenta, la vive, y la integra como su identidad, aunque en un primer momento sea para diferenciarse de quienes no participan de ella.

La importancia del sujeto es tal, que dadas las formas en que se relacione con otros, obliga a la cultura a mantenerse en cierto dinamismo, por ello no debe pensarse como un conjunto de significados uniformes e inmodificables. Es decir, la naturaleza activa que determina la manera en que el individuo reconfigura su identidad en ese “enfrentamiento” con el otro, reconfigura también su cultura, a la vez que la reviste de una «relativa unidad y coherencia» (Giménez, 2005).

Algunos de sus sectores pueden estar sometidos a fuerzas centrípetas que le confieran mayor solidez, vigor y vitalidad, mientras que otros sectores pueden obedecer a tendencias centrífugas que los tornan, por ejemplo, más cambiantes y poco estables en las personas, inmotivados, contextualmente limitados y muy poco compartidos por la gente dentro de una sociedad.

Por ello es que Giménez considera que, a partir de esa perspectiva, nutrida por las tesis de Bordieu, «no existe cultura sin sujeto ni sujeto sin cultura», ya que es posible analizar la cultura desde una óptica integral que la tome en cuenta «preferentemente desde el punto de vista de los actores sociales que la interiorizan, la “incorporan” y la convierten en sustancia propia» (Giménez, 2005).

La simbiosis de esa relación entre ambos conceptos aparece oportuna para el presente ejercicio porque abre la posibilidad de pensar la identidad del mexicano a partir de las huellas de su experiencia encontradas en algunos personajes de la historia del país, que de alguna forma reconfiguraron la cultura. En este artículo se mencionará brevemente el caso de Gabino Barreda, quien influyó para que la sociedad asimilara la idea de progreso, luego de haberla adoptado por la influencia occidental. Con marcas, señales como esta, se busca mostrar que además de los elementos autóctonos, heredados por el influjo prehispánico, y los impuestos por los conquistadores españoles, en la identidad y cultura mexicanas también confluyen elementos extranjeros que implican a la Modernidad.

La construcción de una idea de progreso. De los griegos a los positivistas del siglo XIX

Robert Nisben, en *Historia de la idea de progreso*, explica que esta noción en Occidente se fue enriqueciendo a partir de los griegos, quienes creían en “la idea del crecimiento natural de los conocimientos en el curso del tiempo, y del consecuente desarrollo natural de la humanidad” (Nisbet, 1981, p. 78). Luego, con los primeros cristianos, e influidos por esta última idea, el concepto fue tomando más fuerza, dada la carga espiritual y debido a nuevos atributos relacionados con el progreso, cuya principal influencia fue San Agustín.

(...) como la visión de la unidad de la humanidad entera, el papel de la necesidad histórica, la imagen del progreso como el despliegue a lo largo de las épocas de un plan presente desde el principio de la historia del hombre, y por último, una creciente confianza en el futuro y un interés cada vez mayor por la vida en este mundo página (Nisbet, 1981, p. 78)

A partir de una segunda influencia, la del mileniarismo judío, el cristinismo fusionó ambas concepciones sobre el progreso y le añadió la importancia que los primeros filósofos cristianos imprimieron al perfeccionamiento de la humanidad, ya que creían en un milenio en el que Cristo estaría nuevamente en la tierra, una edad de oro en la que los hombres serían felices en este mundo, por lo que a partir de entonces se empezó a pensar en la humanidad como un ente único; de esa manera incluyeron a todo hombre, sin importar su origen ni condición social (Nisbet, 1981, pp. 78-95).

Como se sabe, San Agustín creó «una concepción del tiempo como un fluir único y lineal que abarcaba todo lo que le ha ocurrido a la humanidad en el pasado y todo lo que le ocurriría en el futuro, por corto que éste fuera» (Nisbet, 1981, p. 98). A partir de sus reflexiones, Occidente empezó a pensar en un pasado, un presente y un futuro, con la idea de que en el transcurso de esas etapas sucesivas la humanidad avanza. De hecho, el filósofo de Hipona es uno de los principales forjadores de la idea de progreso que influye hasta nuestros días.

Durante la Edad Media, y dada la fuerza de la religión y la Iglesia cristiana, esa idea de progreso se mantuvo. Apoyado en las investigaciones de Le Goff, Nisbet sostiene que, a partir del siglo XII, y principalmente a principios del XIII, se produjo un cambio en la forma de percibir el tiempo y que desembocó en su sacralización, puesto que dejó de ser netamente religioso y divino, y se mezcló con las actividades económicas, sociales y culturales de la época (Nisbet, 1981, p. 134). Entonces aparecieron nuevos elementos relacionados con el progreso, la plenitud y la continuidad, que también resultaron fundamentales en la Modernidad.

Por la primera se quiere significar que en el mundo existe lo necesario para el perfeccionamiento de la humanidad. La idea de continuidad es la base sobre la que se construye la suposición de que cualquier etapa contiene en sí las semillas del siguiente periodo, que es superior al precedente. (Nisbet, 1981, p. 136)

Nisbet argumenta que durante el Renacimiento la noción de progreso casi se olvidó; entre las razones por las que en ese periodo dicha idea no fuera tan importante como las épocas anteriores, menciona la tendencia a rechazar por completo al medievo, al considerarlo un periodo oscuro y de superstición, por tanto, se rompió con la creencia en la continuidad y, en parte, con el respeto al pasado (Nisbet, 1981, p. 153). Además, la mentalidad que privaba en aquel contexto tampoco consideraba al tiempo con un fluir lineal y acumulativo, puesto que daba más peso a la creencia en «altibajos cíclicos, que según ellos eran efecto de la presencia en el ser humano de dos elementos fijos: el bien y el mal» (Nisbet, 1981, p. 154).

El sociólogo estadounidense destaca el periodo de 1540 a 1740, en el que el florecimiento de las artes y las ciencias en Inglaterra revistieron la idea de progreso con nuevas significaciones y le dieron un especial empuje. Especial atención dedica a la influencia de los puritanos durante la Reforma, ya que esto aceleró el proceso de secularización que se había puesto en marcha a finales del siglo XII. Las creencias de los puritanos marcaron el siglo XVII con una idea de progreso en la que se acrecentó la fe en el conocimiento como medio de desarrollo, ya que supo fusionar los dos elementos mencionados antes: el griego y el unificado por San Agustín, mezcla del griego y el mesianismo judío.

Para los puritanos, el progreso en el campo de las ciencias y las artes es un signo de la inminencia de la edad de oro espiritual en la tierra y una causa de esta inminencia. Según esta filosofía, la vinculación entre el conocimiento y la felicidad espiritual no terminará con el comienzo del milenio (Nisbet, 1981, p. 185).

Nisbet considera que el triunfo de la noción de progreso llegó en el periodo del 1750 al 1900. Si bien ya era una de las ideas rectoras de la civilización occidental y habían tomado fuerza los conceptos de igualdad, justicia social y soberanía popular, se convirtió en la idea dominante. Ahora no solo se había insertado en la mentalidad intelectual, sino en la sociedad entera.

(...) el concepto de progreso es claramente central porque es el contexto en el que esas otras ideas viven y se desarrollan. Gracias a la idea de progreso, las ideas de libertad, igualdad y soberanía popular dejaron de ser anhelos para convertirse en objetivos que los hombres querían lograr aquí en la tierra. Es más, estos objetivos acabaron apareciendo como necesarios e históricamente inevitables (Nisbet, 1981, p. 243).

En este periodo destaca el interés por demostrar «la realidad científica del progreso humano y de las leyes que lo convierten en un principio necesario» (Nisbet, 1981, p. 244), de manera que el concepto, que en un principio estaba cargado de significado divino y religioso, se convierte en un proceso histórico que sigue su curso bajo sus propias causas naturales. Todos, dice el autor, tenían fe en el progreso, a pesar del resto de sus creencias. Para esta etapa llegaron a manejarse como sinónimos conceptos como historia natural, historia conjetural e historia hipotética. Ya en el siglo XIX, la noción que destacó fue evolución. De igual modo, se registró una correlación entre la fe hacia el progreso y lo que en un siglo después se llamó crecimiento económico.

Otra observación del sociólogo es que durante ese periodo surgieron nuevas doctrinas «nacionalistas y estatistas», así como «tendencias utópicas y racistas» en las que se vincula la idea de progreso con la de poder, «en nombre de algún tipo de liberación, de alguna forma de salvación o redención en la tierra» (Nisbet, 1981, p. 332), un poder que busca «dirigir y dar forma a la conciencia humana»; incluso dice que la concepción de libertad llegó a entenderse como algo a lo que tenían derecho solo los que pertenecían a determinada colectividad.

Entre los autores que encabezaron esas formas de pensar se encuentra Augusto Comte, fundador del positivismo, quien consideraba que la gran ciencia del hombre era la sociología, «la ciencia que supondría para los asuntos humanos lo que habían supuesto la astronomía, la física, la química y la biología en sus respectivos campos» (Nisbet, 1981, p. 351). Aunque también se mostró como un profeta que «redimiría la humanidad» de lo que consideraba era una anarquía social que dominaba a Europa en el entonces siglo XIX.

Las huellas modernas en Gabino Barreda

La reorganización de la vida en México, principalmente política, iniciada con el movimiento de Independencia en 1810, desestabilizó al país por poco más de cincuenta años. La incertidumbre y anarquía imperantes motivaron el deseo de un orden que, promesa del positivismo, abrazaron intelectuales liberales como Gabino Barreda.

Con estudios en Derecho, Química y Medicina, supo insertar la filosofía positivista en México de forma peculiar y marcó un hito en la historia nacional, por lo menos desde el ámbito político y educativo. Por ello, se cree que Barreda es uno de los personajes históricos que tras asumirse como positivista y aplicar sus preceptos para reformar el sistema educativo, motivó la trasfiguración de la cultura mexicana en el siglo XIX. Es decir, es un personaje que aporta significativas huellas de cómo es que la identidad y cultura mexicanas han asimilado elementos extranjeros modernos.

En una visita a Francia, donde claramente se enfrentó a una sociedad distinta de la propia, asistió a una conferencia de Augusto Comte. Motivado por aquella experiencia, Barreda regresó al terruño

en 1851 convencido de que esa era la vía para direccionar al país hacia el progreso (Ibargüengoitia, 2015, p. 161). Y es que Comte pregonaba la Ley de los tres estados como fundamento de la filosofía positivista, en la que explicaba cómo se daba el desarrollo de la humanidad hacia la etapa en que imperara la ciencia y la razón; como puede notarse, este proceso implica la idea de progreso que pregonaba en el siglo XIX, aquella que ya había absorbido a nociones como la evolución.

Según esa ley, el primero era el estadio teológico, periodo durante el que los hombres se explican los fenómenos naturales «recurriendo primero a divinidades imaginarias. Se caracteriza por la búsqueda de causas primeras y finales de todos los efectos» (Escobar Valenzuela, 2009, p. 78). El segundo es el metafísico, cuando «reemplazan los aspectos sobrenaturales por fuerzas arbitrarias, verdaderas entidades inherentes a los diversos seres del mundo. Este estadio entraña la investigación de lo absoluto. Se sustituyen los agentes sobrenaturales por entidades metafísicas» (Escobar Valenzuela, 2009, p. 78 y 79).

El tercero era el estadio positivo, el último para alcanzar la evolución intelectual, y en el que impera la ciencia y la razón, es decir, cuando la humanidad es capaz de «intentar explicar los fenómenos naturales recurriendo al método científico (observación y experimentación)» (Escobar Valenzuela, 2009, p. 79). Con el paso entre los tres estadios, Comte consideraba a la historia como una concepción continua, de manera que todas las épocas, así fueran oscuras e irracionales, «tenían un sentido y servían de eslabón para posibilitar otras etapas más luminosas» (Escobar Valenzuela, 2009, p. 78). Todo iba encaminado hacia el progreso.

El 16 de septiembre de 1867, en el aniversario del estallido del movimiento de Independencia del país, Barreda pronunció un discurso en el que revelaba su particular filosofía positivista, a través de la interpretación que hizo de la historia del país. Aseguró que México había avanzado hacia la emancipación mental, puesto que había adoptado doctrinas modernas, en sustitución de las antiguas, que generarían una completa transformación en favor de un nuevo orden.

Basado en la evolución que se experimenta a través de los tres estadios de Comte, Barreda consideró que las guerras libradas eran un eslabón hacia el progreso, hacia lo deseado para la sociedad mexicana. De esta forma exaltó, por ejemplo, la victoria de México sobre los franceses en la batalla de Puebla, ocurrida el 5 de mayo de 1862. Asimismo, en su Oración cívica dejó en claro su postura positivista:

Conciudadanos: que en lo de adelante sea nuestra divisa Libertad, Orden y Progreso; la Libertad como Medio; el Orden como Base y el progreso como Fin; triple lema simbolizado en el triple colorido de nuestro hermoso pabellón nacional, de ese pabellón que en 1821 fue en manos de Guerrero e Iturbide el emblema santo de nuestra independencia; y que, empuñado por Zaragoza el 5 de mayo de 1862, aseguró el porvenir de América y del mundo, salvando las instituciones republicanas (Barreda, s.f.)

Ese discurso prácticamente le valió el ingreso al gabinete de Benito Juárez. El entonces presidente de la República lo eligió para encabezar el proyecto educativo que marcaría un importante periodo en la historia del país, y del cual persiste su efecto en la actualidad. Uno de los principales objetivos era lograr un sistema que les permitiera pacificar y modernizar a México. Así que, tras una serie de cambios en el ámbito educativo, el Estado asumió la responsabilidad de la instrucción pública y la orientó «hacia la construcción de una nación de individuos ciudadanos, lo que implicaba la creación de nuevas instituciones educativas» (Estrella González, 2014, p. 42).

La influencia de su pensamiento positivista [de Gabino Barreda] derivaría en la promulgación de la Ley Orgánica de Instrucción Pública, el 2 de diciembre de 1867, que estableció los contenidos esenciales de la educación primaria, secundaria, preparatoria,

escuelas normales, y la apertura de escuelas de sordomudos, artes y oficios, entre otras. Esta legislación permitió el desarrollo de otros reglamentos para modernizar, expandir y hacer plausible la obligatoriedad y gratuidad de la educación (Ramírez González, 2017, p. 6).

Barreda estaba convencido de que, si los estudiantes tenían una base de verdades dadas por la ciencia, sin especulaciones, todos pensarían de la misma forma y se conservaría el orden; nada se dejaría a la interpretación personal, por tanto, no habría discordias. Para que ese objetivo fuera posible, pensaba que lo mejor era que este principio se aplicara desde la escuela primaria, así que en 1875 propuso que dicho nivel educativo fuera obligatorio para todos los mexicanos (Ramírez González, 2017, pág. 6) y desde entonces ha sido así.

Conclusiones

Dada la constante relación entre la pareja conceptual indisociable que describe Giménez, es posible observar que las huellas propias de la existencia de Gabino Barreda y las que dejó en la historia de México muestran la influencia y aceptación de elementos extranjeros modernos en la cultura mexicana, como la idea de progreso que prevaleció en el siglo XIX, en Europa. A través del contenido de su Oración cívica y los postulados que aplicó a la hora de reformar el sistema educativo nacional, Barreda expresa parte de su experiencia en relación con el otro —al conocer la filosofía positivista de un francés— y cómo es que el cambio de mentalidad, que primero experimentó de forma individual en su identidad, llegó a motivar otras transformaciones a nivel nacional, que implicaron la asimilación de la noción de progreso.

Hay un par de marcas más observadas en Barreda, y que de alguna manera persisten en la identidad y cultura mexicanas. La primera es la influencia del racionalismo y, en consecuencia, del cientifismo, de ahí que considere al positivismo como el único sistema filosófico que le podía brindar verdades certeras. La segunda es el deseo de tener cierto control de la realidad, a través de lo aprendido por la historia de la humanidad, mediante la Ley de los tres estadios, a fin de prever lo que podría ocurrir si se hiciera o no tal cosa, pensando claramente en lograr una evolución.

Con este ejemplo sobre la asimilación de la idea de progreso en México se demuestra que la identidad y cultura mexicanas no solo contienen los elementos indio y español, que le dieron origen, sino que se han ido trasfigurando tras la influencia de otros tantos, provenientes de Europa y la cultura moderna, y que no por ello se renuncia a una originalidad, como podrían pensarlo tanto indigenistas como hispanistas. Así pues, esta propuesta de reflexión plantea que la comprensión de la identidad nacional no será posible si se sigue ignorando esa influencia propia de la Modernidad.

Referencias

- Barreda, G. (s.f.). *Dirección de Ciencias Sociales y Humanidades UAM*. Recuperado el 2 de Octubre de 2022, de <https://divcsh.izt.uam.mx>
- Escobar Valenzuela, G. (2009). *Introducción al pensamiento filosófico en México*. Limusa y UNAM.
- Estrella González, A. (2014). *Libertad, progreso y autenticidad. Ideas sobre México a través de las generaciones filosóficas (1865-1925)*. Jus, Liberos y Editores.
- Giménez, G. (2005). *La cultura como identidad y la identidad como cultura*. Recuperado el 30 de mayo de 2023, de Sistema de Información Cultural: https://sic.cultura.gob.mx/ficha.php?table=centrodoc&table_id=70

- Ibargüengoitia, A. (2015). *Filosofía mexicana en sus hombres y en sus textos*. Porrúa.
- Kuri Camacho, R. (2001). *Tres pensadores mexicanos. Cultura católica e identidad nacional*. Ciudad de México: Plaza y Valdés.
- Nisbet, R. (1981). *Historia de la idea de progreso*. Barcelona: Gedisa.
- Paz, O. (2019). *El laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta al laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ramírez González, K. (2017). La educación positivista en México: la disputa por la construcción de la nación. *Voces y Silencios: Revista Latinoamericana de Educación*, 171.
- Ramos, S. (2009). *El perfil del hombre y la cultura en México*. Ciudad de México: Colección Austral.
- Trochia Estrada, J. C. (2009). *Filosofía y colonización en Hispanoamérica*. México: UNAM.